

JAÉN COMO PAISAJE JOCOSO EN LA LITERATURA DEL SIGLO DE ORO

Luis Gómez Canseco
Universidad de Huelva

RESUMEN: La presencia de Jaén en la literatura española del Siglo de Oro no se limita a la épica y al romancero, tiene también su sitio en la narrativa de entretenimiento y, sobre todo, en la materia jocosa. Desde la Edad Media, Jaén comparece en la poesía burlesca, en el refranero o en las tradiciones folclóricas como un territorio propicio para la chanza y la chocarrería. Pero es en la picaresca donde tiene una presencia fundamental, acaso como lugar de paso entre Andalucía y la corte, destino de peregrinajes falsos o verdaderos.

ABSTRACT: The presence of Jaen in Spanish Golden Age literature extends beyond the epic and the ballad to find its place as well in narratives of entertainment and, above all, in diverse comic matter. From the Middle Ages, Jaen arises in burlesque poetry, in proverb collections, and in folklore as a space propitious for jokes and foolery. In picaresque literature, moreover, Jaen becomes a fundamental presence, perhaps in its role as a crossroads between Andalusia and the Spanish Court and as a destination for false or true pilgrimages.

No fueron pocos los autores del Siglo de Oro que eligieron las ciudades y los territorios de Jaén como paisaje para sus ficciones y sus versos. Es lógico, dada la importancia de ciudades como Úbeda, Baeza o la propia Jaén, el culto de la Verónica, las celebraciones de Santa María de la Cabeza o el papel que el reino tuvo como frontera y paisaje de la reconquista. Por eso, desde la Edad Media, la literatura nos presenta con frecuencia un Jaén épico, donde moros y cristianos se enfrentan por la posesión del territorio. Los ejemplos son numerosísimos e incluyen famosos romances, como el de Mahomad, rey de Granada, que sitia Baeza para arrebatarla a Pero Díaz: «Moricos, los mis moricos, / los que ganáis mi soldada, / derribédesme a Baeza, / esa villa torreada»¹; los romances de las Navas de

¹ «Mahomad, rey de Granada, sitia a Baeza que está defendida por Pero Díaz», *Romancero general*, ed. Agustín Durán, Madrid, Rivadeneira, 1851, II, p. 83.

Tolosa; el «del obispo don Gonzalo», que «un día de san Antón / se salía de Jaén» para dar batalla a la morisma; los de la muerte de los Carvajales, don Pedro y don Alonso, que terminan siendo arrojados desde la peña de Martos; o el de «Reduán y el rey Chico sobre la conquista de Jaén», en el que los moros granadinos insisten en recobrar la ciudad, bajo la amenaza amatoria del rey al protagonista:

Reduán, bien se te acuerda
que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada...
y si tú no lo cumplieres,
desterrarte he de Granada;
echarte he en una frontera,
do no goces de tu dama².

Y lo cierto es que los cristianos jienenses tampoco se quedaban cortos en estas cosas de amores:

Cuatrocientos hijosdalgos
se salen a la pelea;
otros tantos han salido
de Úbeda y de Baeza;
de Cazorla y de Quesada
también salen dos banderas;
todos son hijos de honra
y enamorados de veras.
Todos van juramentados
de manos de sus doncellas
de no volver a Jaén
sin dar moro por empresa³.

No deja de ser significativo que Ginés Pérez de Hita recogiera no pocos de estos romances en sus *Guerras civiles de Granadas*. Y es que lo épico fue dejando paso paulatinamente a lo sentimental, hasta configurar el motivo morisco como una variante de las tramas amorosas áureas. Así aparece en Mateo Alemán, que inició su historia de Ozmín y Daraja con la reina Isabel la Católica asentada en la ciudad de Jaén; en Lope de Vega, que retomó la trama de Reduán en la comedia *El hijo de Reduán* y versionó

² *El romancero viejo*, ed. Mercedes Díaz Roig, Madrid, Cátedra, 1980, p. 53.

³ *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*, ed. Eugenio de Ochoa, París, Baudry, 1838, p. 368.

el mismo romance en *La envidia de la nobleza*⁴; o en don Luis de Góngora, que dedicó dos preciosos romances a la historia del moro Abenzulema, enamorado de la hermosísima Baraja y expulsado de Jaén por su celoso rey⁵. Con estos antecedentes, no es de extrañar que Jaén fuera utilizado como marco narrativo para algunas novelitas amorosas, como *Pagar con la misma prenda*, que Andrés Sanz del Castillo incluyó en su colección *La mojiganga del gusto* (1641)⁶, o *El traidor contra su sangre*, que ocupa el octavo de los *Desengaños amorosos* de doña María de Zayas y Sotomayor (1649) y comienza con un elogio de la ciudad:

No ha mucho más de veinte y seis años que en una ciudad de las nobles y populosas del Andalucía, que a lo que he podido alcanzar es la insigne de Jaén, vivía un caballero de los nobles y ricos de ella, cuyo nombre es don Pedro, hombre soberbio y de condición cruel. A éste le dio Dios (no sé si para sus desdichas) un hijo y una hija... El hijo tenía por nombre don Alonso, y la hija doña Mencía; hermosa es fuerza que lo sea, porque había de ser desgraciada.

Lo que sigue es una trama en la que se mezclan la avaricia, la limpieza de sangre y una truculencia desmesurada, que la autora garantiza como verdadera: «Caso tan verdadero es éste que hay muchos que le vieron de la suerte que le he contado»⁷.

Pero frente a estos ires y venires de las armas y del corazón, Jaén alcanzó un muy singular papel como paisaje jocoso en la poesía y en la prosa de los siglos XVI y XVII. Sus antecedentes hay que buscarlos en la

⁴ En el estudio preliminar de las *Crónicas y leyendas dramáticas de España*, subrayaba Menéndez Pelayo la versión del romance que Lope incluyó en *La envidia de la nobleza*: «Reduán, bien se te acuerda / que me diste la palabra / de darme a Jaén la fuerte / en una noche ganada; / y que en sus altas almenas, / que cruces rojas esmaltan, / en taftanes azules / pondrías lunas de plata» (Lope de Vega, *Obras. XI. Crónicas y leyendas dramáticas de España* [BAE 104], ed. Marcelino Menéndez Pelayo Madrid, Atlas, 1970, pp. XVIII-XX). Sobre el tema de la frontera de reconquista en las comedias lopescas, véase María Soledad Carrasco Urgoiti, «La frontera en la comedia de Lope de Vega», *Actas del Congreso la Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (S.XIII-XVI)*, ed. Pedro Segura Artero, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1997, pp. 485-496.

⁵ «“Vete en paz, que no vas solo, / y en tu ausencia ten consuelo, / que quien te echa de Jaén / no te echará de mi pecho”. / Él con el mirar responde: / “Yo me voy, y no te dejo; / de los agravios del Rey / para tu firmeza apelo”. / Con esto pasó la calle / los ojos atrás volviendo / cien mil veces, y de Andújar / tomó el camino derecho». Luis de Góngora, *Romances*, ed. Antonio Carreño, Barcelona, Cátedra, 1982, pp. 133-137.

⁶ ANDRÉS SANZ DEL CASTILLO, *La mojiganga del gusto*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Librería de los Bibliófilos Españoles, 1908.

⁷ MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR, *Obras Completas*, ed. Estrella Ruiz-Gálvez Priego, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2001, pp. 653 y 682. Sobre la función del entorno geográfico en la ficción de María de Zayas, véase Felisa Guillén «El marco narrativo como espacio utópico en los *Desengaños amorosos* de María Zayas», *Revista de literatura*, 60.120 (1998), pp. 527-536.

Edad Media. Para empezar, el mismísimo Jorge Manrique, tan vinculado a la tierra, compuso unas «Coplas a una beoda que tenía empeñado un brial en la taberna», que terminan con una referencia a los vinos jienenses, famosos sin duda por entonces:

Santo Luque, yo te pido
que ruegues a Dios por mí;
y no pongas en olvido
de me dar vino de ti!»
¡Oh, tú, Baeza beata,
Úbeda, santa bendita,
este deseo me quita
del torontés que me mata!⁸

Sin embargo, la fuente de información más importante en torno a esa imagen frecuentemente burlesca que Jaén tuvo en la época se encuentra en el refranero y en las recopilaciones de curiosidades folclóricas que curiosos y humanistas hicieron durante el Renacimiento. Más allá del tan traído y llevado «Irse por los cerros de Úbeda», Jaén y su provincia se hacen presentes una y otra vez en ese arsenal del imaginario colectivo. Hay algunos proverbios meramente geográficos, que tan sólo sirven de aviso al viajero, como aquel que recogió Pedro Vallés en *Libro de refranes y sentencias* de 1549: «Legua por legua, de Úbeda a Baeza, y si la tomas mojada, cuéntala por jornada»⁹. No obstante, la mayoría sirve para caracterizar a los naturales; y no siempre en buenos términos, todo sea dicho. Es lo que hizo el maestro Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, donde cuenta la historia de un hidalgo que, con una gorra de terciopelo se hizo unos zapatos: «Dizen ke un hidalgo, de una gorra de terziopelo hizo unos zapatos, i preguntándole los amigos la kausa del trueko, rrespondía kon donaire: “En Baeza, tanto valen los pies como la cabeza”». Y el catedrático salmantino añadió a ellos una explicación de índole política y social: «El dicho alude a kerer mandar tanto los chikos como los grandes»¹⁰. En otro de sus refranes hace un recorrido casi completo por la geografía popular de la provincia, para asignar un rasgo a cada pueblo:

⁸ JORGE MANRIQUE, *Poesía*, ed. Jesús Manuel Alda Tesán, Madrid, Cátedra, 1980, p. 139. Sobre los vinos jienenses en la literatura de la época, véase Antonio Linage Conde, «En torno a la Cena jocosa», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 159 (1996), pp. 128-129.

⁹ *Corpus de la antigua lirica popular*, ed. Margit Frenk, México, F.C.E., 2003, p. 718.

¹⁰ GONZALO CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. Louis Combet, Burdeos, Université de Bordeaux, 1967, p. 130.

Asnos en Xaén, burras en Bexíxar, onbres de Baeza, muxeres de Úbeda, bueies en la Terra, mentiras en Sabiote, en Villakarrillo trigo, en Torafe frío, en Villanueva gala, en Beas freskura, tontos en Hornos, vellakos en Segura.¹¹

Como muestra de cabezonería se pone a los de Úbeda con el dicho: «Rrebentado muera, como odre, si no soi de Úbeda», y los de Dibros comparecen como gente dura y malvada; de ahí el refrán de «Válgate los Dibros», que Correas justifica asegurando que «Dibros es lugar xunto a Baeza, de xente indómita, diabólica»¹².

También don Juan de Arguijo trajo noticia de otro tonto ingenioso –tan recurrentes en la literatura del Siglo de Oro– natural de Baeza, que andaba preocupado porque Dios entendiera correctamente las plegarias de sus fieles en materia de aguas y riegos: «Sacaron una imagen de devoción en Baeza por un aprieto de muchas aguas, que siempre la sacavan por falta del agua. En saliendo la procesión a la calle, empezó a llover mucho más, y dijo muy apriesa un cofrade: “¡Cuerpo de Dios! digan para qué la sacan; que pensará que le pedimos lo mismo que en años secos”»¹³.

A esa misma suerte de ingenio apunta Cervantes, cuando acudió al maravilloso pintor ubetense Orbaneja para dar en la cabeza al impostado Alonso Fernández de Avellaneda, que se había atrevido a usurparle a sus criaturas. Bien avanzada la segunda parte del *Quijote*, en el capítulo LXXI, y tras enterarse de la existencia de una falsa narración de su persona, es el propio Caballero de la Triste Figura quien toma la palabra para desautorizar al escritor sobrevenido:

Tienes razón, Sancho –dijo don Quijote–, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: «Este es gallo», porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno, que sacó a luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido.¹⁴

No hay que olvidar que, de acuerdo con los principios retóricos de la época, se consideraba que la ubicación de un apólogo en un lugar concreto contribuía decisivamente a multiplicar el valor y la intensidad de su

¹¹ *Ibid.*, p. 62.

¹² *Ibid.*, pp. 571 y 515.

¹³ JUAN DE ARGUIJO, *Obra completa*, ed. Stanko B. Vranich, Valencia, Albatros, 1985, p. 489.

¹⁴ MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores /CECE, 1988, p. 1315.

recepción. En este caso, se trataría de un referente previamente burlesco en la conciencia de los lectores de la época¹⁵. A ello habrían contribuido tanto el refranero como la difusión de algunas sentencias donde Jaén y sus ciudades no salían especialmente bien parados. Sirven los ejemplos de Gaspar de los Reyes en su *Tesoro de conceptos divinos*, de 1613, donde tachaba de burros a los naturales de Jaén: «¿Dónde bien, ombres de bien? ¡Harre, mulos, a Jaén!»¹⁶, o del mismísimo Comendador Griego, Hernán Núñez, que, en los *Refranes o proverbios en romance*, largó una tremenda andanada contra los nacidos en Úbeda, con una de esas tachas que fueron insultos de un enorme calado en la época: «Ni en Baeza naranjos, ni en Úbeda hidalgos»¹⁷. A tal agravio responden punto por punto dos versos del «Romance del incitamiento y conducta general contra el Gran Turco», que parecen tomados de otro refrán, y en los que Baeza se pinta como un hermosísimo paisaje y Úbeda como cuna de nobleza: «Úbeda de caballeros, / Baeza para mirar»¹⁸. Y en esa condición fuerte y noble de los jienenses insiste un suceso recogido en el *Sermón de Aljubarrota, con las glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza*, donde se cuenta la hazaña bética de un tal «Luis Martínez, natural de Baeza, que habiendo perdido entradas manos, con solo los troncos de las muñecas sostuvo en alto la bandera, a vista de todos los contrarios, y de éste se instituyó el linaje de los Alfárez»¹⁹.

De historias peregrinas como ésta, que enlazaban con las del romancero viejo, se mofaba Gabriel Lobo Lasso de la Vega en su *Manojuelo de romances*, donde Jaén aparece convertido en territorio propicio para contar historias inacabables, que ya resultaban casi cómicas:

¹⁵ Cfr. Aurora Egido, «De *La lengua de Erasmo al estilo de Gracián*», en *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 17-47. Sobre la ubicación de la anécdota en Jaén, véase Ramón Quesada Consuegra, «Orbánega, un personaje de ficción con signos de realidad: testimonios en torno a una cita cervantina», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 162.3 (1996), pp. 1431-1436. En torno a esta historia, su función en la obra cervantina y su papel en respuesta a Avellaneda, pueden consultarse Maxime Chevalier, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1975, pp. 153-157; Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto del arte*, Madrid, Gredos, 1975, I, pp. 53-54; Francisco X. Cevallos-Candau, «Función estructural de las anécdotas en *Don Quijote*», en *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.*, ed. M. Criado de Val, Madrid, Edi-6, 1981, pp. 656-657; Javier Portus Pérez, «Un cuentecillo del Siglo de Oro sobre la mala pintura», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, V (1988), pp. 46-55; o Luis Gómez Canseco, «1614: Cervantes escribe otro *Quijote*», *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacionales de la Asociación de Cervantistas*, Alcalá de Henares, Asociación de Cervantistas-Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 38-40.

¹⁶ *Corpus de la antigua lírica popular*, ed. Margit Frenk, México, F.C.E., 2003, p. 1579.

¹⁷ HERNÁN NÚÑEZ, *Refranes o proverbios en romance*, ed. Louis Combet, Julia Sevilla, Germán Conde y Josep Guia, Madrid, Guillermo Blázquez, 2001, fol. 81v.

¹⁸ *Romancero castellano*, ed. Carlos Clavería, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2006, p. 101.

¹⁹ *Sales españolas*, ed. Antonio Paz y Melia, Madrid, Tello, 1890, p. 124.

Contaránme del invierno
las noches prolijas, largas,
los asaltos de Jaén
y los combates de Baza,
la muerte de Reduán
y les amores de Audalla,
con el destierro de Muza,
porque el Rey quiso a su dama;
y tras esto dormirán
en el pajar con dos mantas²⁰.

Este texto, donde el narrador pretende que le cuenten las batallas de Jaén para dormir, entre tanto, a pierna suelta, parece tener su continuidad en otro mucho más famoso, como es la «Cena jocosa». También el poema de Baltasar del Alcázar comienza con una historia que se ve interrumpida por la cena:

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava dél que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero...

Jaén se ve de nuevo convertido en paisaje de fábulas curiosas que no parecen conducir a nada, pues el cuento nunca llega a concluirse y al narrador –como al yo cómico que adopta Lasso de la Vega– le sobreviene una irreparable modorra tras la ingesta:

Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan; yo me duermo;
quédese para mañana²¹.

²⁰ GABRIEL LOBO LASSO DE LA VEGA, *Manojuelo de romances*, ed. Ángel González Palencia y Eugenio Mele, Madrid, Saeta, 1942, p. 102. En torno a esta colección, véase Antonio Restori, «Il *Manojuelo de romances*, parte primera, di Gabriel Lasso de la Vega», *Revue hispanique*, 33-34 (1903), pp. 117-148.

²¹ BALTASAR DEL ALCÁZAR, «Cena jocosa», en *Obra poética*, ed. Valentín Núñez, Madrid, Cátedra, 2001, p. 381. Sobre este poema de Alcázar y Jaén, véase Antonio Linage Conde, *art. cit.*, pp. 117-136.

Por su situación geográfica, Jaén se convirtió en paso casi obligado en el trasiego entre Andalucía y la corte. De lo viajeros que comparecen en sus ciudades, unos tiene un afán casi turístico, aunque a otros les movie ran intenciones menos confesables. Entre los primeros estaban *El pasajero* de Cristóbal Suárez de Figueroa (1617), que menciona Jaén como «cabeza otro tiempo de no pobre corona», o el propio Cervantes que, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, pinta a una peregrina devota que anuncia su voluntad de visitar «la santa Verónica de Jaén, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra»²². También los cuatro protagonistas de *El viaje entretenido* de Agustín de Rojas se detienen a hablar sobre Jaén en su trayectoria desde Sevilla a Toledo: «Por estremo me holgaría llegásemos a Jaén temprano mañana», comenta Solano; a lo que Ramírez repone con prontitud: «No me pesara a mí que representáramos ocho días en él, porque es muy buen lugar de comedia y aun tiene muy buenos entretenimientos». Se inicia ahí el esbozo de una pequeña guía turística, donde se da cuenta de las «muchas antigüedades, como ansí de medallas y piedras como de otras cosas romanas muy antiguas», se recuerda el paso de Publio Scipión por allí, se conjectura en torno a algunos de sus diversos nombres, como Illiturgi, Mentesa, Giene o Aurigi, y se termina dando –¿cómo no?– en las reliquia sagradas: «¿Habéis visto la sagrada Verónica, donde está la figura de Nuestro Señor Jesucristo, esculpida vivamente en un lienzo, la cual señaló él mismo con su rostro santísimo cuando iba a ser crucificado?». A ello añade Ríos un elogio general de la ciudad: «Pues dejando el bien tan soberano que en sí encierra, es muy proveída de trigo y todos mantenimientos, tiene muchos ganados, recreaciones y huertas y unos baños que están junto a la Madalena, que llaman de don Fernando, que en ellos se puede conocer su gran antigüedad». Y es entonces, al hilo de los baños, cuando Rojas introduce una de esas historias peregrinas, que la imaginación áurea vinculó a Jaén. Se trata del encuentro circunstancial con una hermosísima, pero singular mujer:

ROJAS. Bien cerca dellos, agora ha dos años, vi una mujer de tan buen rostro que, a no tener en él una falta, era sin duda una de las mujeres más hermosas de España.

SOLANO. ¿Y qué venía a ser la falta?

²² MIGUEL DE CERVANTES, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza, 1999, p. 311.

ROJAS. Tuerta del ojo izquierdo [...]. Pues llevaba un niño de la mano, hermoso por todo estremo, a quien también faltaba el ojo derecho; y admirado de un caso tan peregrino, fui a mi posada y hice esta loa; y por ser tan bueno el sujeto y que no fuese en Jaén conocido, fingí haberla visto en Granada²³.

Más singular y situada ahora en Baeza es otra de esas historias, que recoge el anónimo *Entremés de los mirones*. La anécdota es narrada por un tal don Francisco que también pasa por la ciudad y cuenta cómo una joven bregaba con una esclava mulata para ser la primera en hacerse con una carga de guindas. Como la mulata porfiaba, la joven «le rogó algunas veces que no le diese en los hombros con la cesta, y que se fuese poco a poco; hasta que, de enfadada, viendo que proseguía con su priesa, le dijo (que no debiera): “Teneos allá en hora mala, y besadme vos y vuestra señor donde no me da el sol”». La mulata respondió al punto:

No lo dijo a sorda, porque en el mismo instante la mulata, que era rolliza, soltando la cesta de la mano, se abrazó con la moza y dio con ella en el suelo boca abajo; y, altas las faldas y descubierto el trasero, a vista de cuantos estaban en la plaza, le dio en él de uno en cien besos, teniéndola muy recio para que todos de espacio fuesen testigos del espectáculo presente. Y mientras la besaba, decíale a voces: «Mirad cómo os obedezco: ¿queréis que os besé más o en otra parte?».

La moza pidió socorro a la justicia, que quiso castigar el gesto, aunque el corregidor, hombre de ingenio y buen talante, llamó a la esclava –«muy desenvuelta y alegre», según dice el entremés– y tuvo entonces lugar el siguiente y delicioso interrogatorio:

Preguntóle el suceso, y ella, con suma brevedad, dijo de esta manera: «Señor, aquella buena mujer me mandó que la besase en donde no la daba el solano. Yo, como soy esclava y he de hacer lo que me mandan, no pude dejar de obedecerla». El corregidor no pudo disimular la risa; dijole que se fuese a su casa y otro día no fuese tan obediente²⁴.

Otros viajeros menos devotos o curiosos fueron los pícaros que continuamente recorrían los caminos entre Sevilla y Madrid. Esa circulación pudo ser la causa –a más de las raíces folclóricas– que colocó a Jaén y a sus ciudades en el mapa de la picaresca. Ya Francisco Delicado puso en la ciudad a la protagonista de la *Lozana Andaluza* (1528): «...pasando con

²³ AGUSTÍN DE ROJAS, *El viaje entretenido*, ed. Jean Pierre Ressot, Madrid, Castalia, 1995, pp. 202-203.

²⁴ «Entremés de los mirones», en *El hospital de los podridos y otros entremeses*, ed. Dámaso Alonso, Madrid: Mayo de Oro, 1987, p. 75. Véase asimismo Adolfo de Castro, *Cuatro entremeses atribuidos a Miguel de Cervantes*, Barcelona, Gráficas Aymamí, 1957.

su madre a Jaén, posó en su casa, y allí fueron los primeros grañones que comió con huesos de tocino. Pues, como daba señas de la tierra, halló luego quien la favoreció, y diéronle una cámara en compañía de unas buenas mujeres españolas. Y otro día hizo cuistión con ellas sobre un jarrillo, y echó las cuatro las escaleras abajo; y fuese fuera, y demandaba por Pozo Blanco»²⁵. Los personajes de la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva no pierden ocasión para jurar, una y otra vez, por la Verónica de Jaén; por su parte, no hubo pícaro que, como *El guitón Onofre* de Gregorio González, no buscara el dinero «Por los cerros de Úbeda»; y a esos mismo cerros tuvo a bien enviar la pícara Justina a un mozo que requería sus favores sexuales: «¡Muy pícaro de a ocho en cuarterón! Lo que ha de hacer es ir a buscar moza a Úbeda, donde son los buenos cerros»²⁶.

Pero, sobre todo, la provincia y sus ciudades aparecen como cuna y asiento de pícaros, delincuentes y tahúres. Por eso Alonso de Castillo Solórzano mandó a su Crispín, en *La garduña de Sevilla*, a «la ciudad de Jaén, adonde tenía un amigo, hombre del trato de la rapiña». Es ese amigo delincuente quien le acoge y quien le viste con ropa más digna, que le permite volver sobre el hurto: «En este nuevo hábito asistió algunos días en Jaén el bien intencionado Crispín, hasta que se ofreció hacer un hurto en Andújar, y fue de cantidad; hubo partición dél, fiel y legalmente»²⁷. El mismo Castillo Solórzano llevó a su bachiller Trapaza en 1637 hasta Jaén, donde precisamente él, pícaro desvergonzado, se ve desvalijado por otros hermanos de la misma orden:

Había prevenido a Trapaza el estudiante que había salido de Sevilla en su compañía aquella noche que llegaron a Jaén, que había de madrugar mucho a la mañana, que tenía que hacer en Jaén un poco, y que, de camino, le buscaría mulas para los dos pasar a Granada. Trapaza le rogó que si se levantase no hiciese mucho rumor porque no le recordase, que se hallaba muy cansado del camino y deseaba descansar. Así se lo ofreció y así lo cumplió, que le estuviera mejor a Trapaza se levantara al ruido de una trompeta. Llegó la hora en que el licenciado tenía tratado con el mozo de mulas irse y fue a tiempo que Trapaza estaba sepultado en blando sueño: eso era lo que el escolar requería, porque agarrando de sus vestidos y maleta, cargó con todo y dejóle *in puribus*, como dicen. Esto hizo, porque traía soplo desde Sevilla que venía con dinero.

²⁵ FRANCISCO DELICADO, *La Lozana Andaluza*, ed. Claude Allaire, Madrid, Cátedra, 1994, p. 188.

²⁶ FRANCISCO DE LÓPEZ DE ÚBEDA, *Libro de entretenimiento de la picara Justina*, en *La novela picaresca española*, ed. Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia, 2001, p. 545.

²⁷ ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, *La garduña de Sevilla*, ed. Federico Ruiz Morcuende, Madrid, Espasa Calpe, 1941, p. 190.

Para paliar sus necesidades, Trapaza entra a servir a un médico jienense, casado, como dicen, con una «niña de los quince veintes», señalando que multiplicaba sus quince años por veinte. Era dada la vieja al uso abundante de afeites con que poder lucir sus encantos en «la gran fiesta de la Sacratísima Verónica, tan célebre en Jaén: dichosa ciudad, pues es depósito de tan preciosa reliquia. Quiso, pues, nuestra anciana ponerse muy bizarra aquel día, sin mirar a la edad que tenía, culpa en que delinquen muchas mujeres viejas que no se conocen que lo son, y así se atreven a traer lo que las niñas, para dar motivo de risa al pueblo, que lo es el mayor ver a un viejo loco»²⁸. Los desencuentros con la vieja terminan por ponerle en la calle y le llevan, tras varios intentos fallidos de engaños, a salir por piernas de Jaén, cuando es reconocido como el pícaro que en realidad era.

Otra víctima de los pícaros jienenses es un muchacho, aprendiz de sisador, a quien –según contaba Espinel en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*– habían desplumado en Úbeda: «Yo, señor –respondió–, soy andaluz de junto a Úbeda, de un pueblo que se llama la Torre Pero Gil, inclinado a travesuras; y como, por ser pequeño el pueblo, no podía ejecutallas, hurté a mi padre cuatro reales y fuime a Úbeda, donde, mirando las casas de Cobos, estaban jugando turrón; y con la codicia del comerlo púseme a jugar los cuatro reales; y, habiéndolos perdido sin probar el turrón, arriméme a un poste de aquellos soportales que están allí cerca, y estuvíeme hasta que ya era de noche desconsoladísimo»²⁹. Y así había de ser en verdad, por lo que don Francisco de Luque Fajardo contaba en su *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* sobre cómo se las gastaban los tahúres de Jaén:

Contaros quiero lo que a ciertos mercaderes sucedió en tiempos pasados, habiendo ido a una feria, que en Jaén, ciudad de Andalucía, se celebra por agosto, tiempo caluroso (que, como decía un bachiller de la facultad, el juego es ropa de martas en el invierno, siendo cantimplora con nieve en el verano), determinaron pasar la noche en las suertes de la espadilla, que allí se usa mucho, apostando a cada rifa cuatro reales por hombre. Depositábase el dinero en el huésped de casa, dándole cada uno que ganaba su barato, y habiendo pasado así la noche entera, cuando amaneció se hallaron de pérdida, entre seis hombres, cuatrocientos reales, que se le habían sacado de barato al huésped, y él se los

²⁸ ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, ed. Jacques Josef, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 212 y 217.

²⁹ VICENTE ESPINEL, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, en *La novela picaresca española*, ed. Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia, 2001, p. 758.

iba prestando de nuevo, de manera que con su mismo dinero salieron adeudados, caso que ordinariamente sucede a los tahúres³⁰.

Aun así, quien más puntualmente representa las gracias y virtudes de la picaresca jienense en el Siglo de Oro es el «Entruchón de Baeza», esto es, el baezano entendido en trampas y engaños. Con ese nombre pintó Jerónimo de Cáncer y Velasco a un famoso ladrón baezano en una de las jácaras incluidas en sus *Obras varias*, de 1651. La escena no puede ser más didáctica, pues vemos al Entruchón en pleno acto de instrucción de un hijo que le estaba saliendo honrado:

El Entruchón de Baeza,
ladrón de tanto recato,
que una casa resolvía
por un balcón mal cerrado. [...]
Desta suerte, reprehendía
a un hijuelo maniaco
que, aunque era de su mujer,
a hurto le había engendrado:
«Niño, tú no vales nada;
y si mañana te falto,
temo que eres tan ruin
que has de dar en hombre honrado».

A ese hijo maniaco –‘inútil, de corta habilidad y talento’, según el *Diccionario de Autoridades*³¹– y engendrado, por vicio y costumbre, a escondidas, el padre le recuerda su limpio linaje de delincuentes, acudiendo a uno de los tópicos más señalados en las jácaras picarescas: el del orgullo genealógico burlesco. Y así, el Entruchón de Baeza no duda en subrayar un ilustre abolengo, en el que destaca la herencia del «abuelo Maladros» y el «bisabuelo el Zurdo». Y, a decir verdad, no era un pequeño el linaje literario y aun histórico de ambos personajes, pues de ése de Maladros aparece como apodo real en la *Relación de la cárcel de Sevilla* que Cristóbal Chaves hizo hacia 1592 y en no pocos textos dramáticos o narrativos de la época³², al tiempo que el Zurdo mantiene un noble lazo con el *Quijote*

³⁰ FRANCISCO DE LUQUE FAJARDO, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, ed. Martín de Riquer, Madrid, Real Academia Española, 1955, I, p. 123.

³¹ *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil, Madrid, Gredos, 1990, II, p. 478.

³² Según detallaba Chaves: «Llámense de ordinario los que sirven de limpiar y lo demás ‘Copilla’, ‘Venturilla’, ‘Trapaña’ y ‘Mojarrilla’, ‘Cambalosos’ y ‘Jamones’; y los valientes a quien se acude con el provecho: ‘el Paisano’, ‘Barragán’, ‘Maladros’, ‘Pecho-de-acero’, ‘Garay’, y otros nombres que acuden al oficio y ánimo dellos» (*Relación de la cárcel de Sevilla*, en César Hernández Alonso y Beatriz Sanz Alonso, *Germanía y sociedad en los Siglos de Oro: La cárcel de Sevilla*, Valladolid, Universidad de

cervantino³³. No es de extrañar, pues, la conclusión que saca este padre pedagogo de las malas artes:

«De buena gente eres, hijo,
y te aseguro, muchacho,
que por actos positivos
pudieras ser ahorcado»³⁴.

Lo que sigue es una relación de esos «actos positivos» o ‘pruebas jurídicas fehacientes’, que estaban tan asentados burlescamente en el lenguaje común, que hasta el *Diccionario de Autoridades* recoge la expresión «tener actos positivos», explicando que «se dice del que es de genio y natural avieso y mal inclinado, y hace acciones infames y perversas»³⁵. El poema concluye con el adiestramiento del hijo en las nobilísimas artes del robo y el abuso de los bienes ajenos:

«Yo no te pido imposibles,
que lo que te enseño, hermano,
es una cosa tan fácil
que la suele hacer un gato. [...]】

Una casa desteché
la vacié de trastos,
pero esta vez razón tuve
por cima de los tejados.

Faltó una lámpara un día,
y es verdad que me la echaron,
mas no hallarás otra mancha
en toda tu generacio».

Valladolid, 1999, p. 238). Por su parte, Juan Hidalgo compuso dos romances protagonizados por este jaque: *La vida y muerte de Maladros y Cumplimiento del testamento de Maladros* (Poesías germanescas, ed. John M. Hill, Bloomington, Indiana University, 1945, pp. 83-93), y Quevedo lo incluyó como personaje, entre otros textos, en su romance «Matraca de los paños y sedas»: «Preciado más de las marcas / que Antón de Utrilla y Maladros» (*Poesía original completa*, ed. José Manuel Blecu, Barcelona, Planeta, 1981, p. 1018)

³³ Recuérdese que era ése el apodo del ventero de la primera parte: «...todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo» (*Don Quijote de la Mancha*, I, 18, dir. Francisco Rico, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-CECE, 2004, I, p. 203). Como personaje también aparece en el *Baile entremesado del mellado* de Agustín Moreto (*Loas, entremeses y bailes*, ed. María Luisa Lobato, Kassel, Edition Reichenberger, 2003). En general, sobre la imagen negativa que de los zurdos se tenía en el Siglo de Oro, véase Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos*, ed. James O. Crosby, Madrid, Castalia, 1993, II, 1226-1227.

³⁴ Sobre estos alardes genealógicos en la delincuencia literaria, véase Javier Huerta Calvo: «Comididad y marginalidad en el sainete dieciochesco», *Scriptura*, 15 (1999), pp. 61-63.

³⁵ *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., I, p. 71.

Como puede verse, la educación del niño como «gato», es decir, como ‘ratero’, mantiene como fondo el linaje, cifrado en esa «generatio», que más que probablemente deriva de una *generatio* propia del latín jurídico y teológico. La conclusión a la que se termina por llegar tras todo este proceso es bien sencilla. Por mucho que haya penas previstas en la ley, los beneficios que se obtienen del hurto son aún mayores; y el narrador lo ejemplifica con su misma experiencia, pues, aunque hubiera sido condenado al banco de las «gurapas» o galeras, pudo dejar en otros bancos un fondo más gustoso de beneficio económico. Y, en cualquier caso, siempre sería mejor, según argumentaba el baezano, ser ladrón libre que siervo ajeno, como lo fueron otros pícaros de la ficción literaria, desde Lázaro de Tormes a Guzmán de Alfarache:

«Y no pienses que salí
destas cosas mal medrado,
que a las gurapas llevé
crédito abierto en un banco.

Lo que te aconsejo es
que seas ladrón en descargo
de mi alma, porque no
llegues a servir a un amo»³⁶.

De este breve repaso puede seguirse que, más allá de su papel histórico y literario como paisaje de la reconquista, Jaén tuvo otro sitio en la literatura del Siglo de Oro, que correspondía al entretenimiento, la burla y la parodia. Sus raíces primeras hay que buscarlas en el refranero y en las tradiciones populares, aunque alcanzara a asentarse luego en la literatura culta y, en especial, en la ficción de asunto picaresco.

³⁶ JERÓNIMO DE CANCER Y VELASCO, *Poesía completa*, ed. Juan Carlos González Maya, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2007, pp. 328-330.